

PONGO AQUI LAS DOS CARTAS DE QUE hablé en el Prólogo de esta obra, que son dos testimonios de gran peso, y de mucha recomendacion del Padre BURDALUE, para conservarlos. Quise ponerlas al principio del primer tomo, pero habiendo mas materiales en él que en los siguientes, me pareció después no aumentarle mas.

Carta de Monsiur N. á un pariente suyo.

LA pérdida de un amigo á quien debimos tan fina amistad, y tuvimos tanto cariño, nos es tan sensible que solo puede servirnos de consuelo una total sumision á los decretos de la Providencia.

El trato de muchos dias nos habia estrechado con una perfecta union de voluntades; el conocimiento y la experiencia de sus prendas la habia aumentado; la utilidad de sus consejos, su prudencia, la universalidad de sus noticias, su desinterés, su atencion y correspondencia me habian obligado á no tenerle cosa oculta. Se hallarán pocos exemplares de un amigo, de quien se pueda decir lo que yo digo de éste. En quarenta y cinco años que le he tratado, no ha habido en mi corazon ni en mi entendimiento secreto reservado para él. Ha sabido todos mis vicios y todas mis virtudes, nada ha ignorado de quantos negocios de importancia han estado á mi cargo: muchas veces hemos tomado algun descanso en nuestras fatigas con unos mismos entretenimientos, y nunca me he arrepentido de la confianza con que le he tratado.

Apenas era capaz por mi edad de tener conocimiento de los hombres, quando conocí al Padre Burdalue. Desde luego advertí en él un genio superior á los demas. Quando se aplicaba á qualquier cosa, dexaba muy atras á los que habian intentado lo mismo. El aprecio que habia concebido de su persona, se aumentó con el trato que tenia yo en el mundo; porque no hallaba en la ma-

mayor parte de los que trataba con frecuencia la misma elevacion de espíritu, ni la misma igualdad en los afectos, ni la misma grandeza de alma, ayudada de un natural blando y apacible, sin afectacion ni artificio.

Desde que vino á París tuvo el gran credito que le duró toda la vida. Los aplausos que tuvieron sus Sermones, el infinito concurso de oyentes, las veras con que los Grandes solicitaban su amistad, y todo lo demas que puede viciar y corromper un corazon, hicieron en él un efecto totalmente contrario. Llegó á conocer lo que era el mundo: no quiso sacar otro fruto del trato de los hombres: sirvióse de este conocimiento para mover á los hombres á la virtud; y juzgó que no sacaba poco fruto de la estimacion que se hacia de su persona, si daba á conocer con sus discursos á los que venían á oírle, lo que es el mundo, y si los enseñaba que es cosa vil lo que desean mas vivamente, y que se apartan casi siempre del verdadero bien, por buscar y seguir lo que es una idea pura, y una apariencia sin substancia.

Lo elevado de su elocuencia procedia especialmente del perfecto conocimiento que tenia del mundo. Desterró del Púlpito aquellos pensamientos frívolos, mejores para hacer discursos académicos, que para la enseñanza de los oyentes. Cortó tambien aquellas largas disputas Teológicas que dan enfado al auditorio, y solo sirven para llenar los Sermones. Estableció sólidamente las verdades de la fe, y nunca hubo quien supiese sacar de estas verdades consecuencias mas útiles para los oyentes, y tan naturales, que qualquiera de ellos podia aplicar á sí mismo lo que decia.

Aunque no ponía siempre especial cuidado en lo ajustado de las expresiones, jamas se deslizó en alguna que se pudiese llamar baxa, ó poco digna de su asunto. Si alguna vez entraba en alguna descripcion, ó descendia á lo individual de algunas materias, no caía en aquel género de discursos que no dicen bien á los Predicadores ni á los oyentes; que es cosa rara en los que hablan en público, y nace de una profunda meditacion, y de un perfec-

fecto conocimiento de las cosas de que se trata.

Mas ¿para qué he de hablaros de la gran reputacion que en el empleo de predicar se adquirió el P. Burdaloue? Su talento fue tan notorio, que no le ignoran los que le conocieron menos. Mejor será que hablemos de sus virtudes, que alabarnos de haber conocido lo que fue, mas que los que no le trataron con tanta frecuencia.

Es cosa mas extraordinaria hallar grandes á los hombres quando se trata estrecha y familiarmente con ellos, que tenerlos por tales quando se dan en público á conocer, ó han subido, por explicarme así, sobre el teatro; porque quando están en alguna funcion pública, quanto tienen á la vista les acuerda y enseña lo que deben ser: pero quando se han vuelto á sí mismos, y faltan aquellos objetos que despertaban su atencion, ¡qué rara vez sucede experimentarlos en la quietud tan grandes como en la accion nos parecieron! Y con todo eso, en esto consiste el ser verdaderamente grandes. Porque yo no llamo grande lo que necesita tomar fuera de sí mismo apoyos para su grandeza. He conocido muchos hombres grandes en la opinion comun; pero no los he hallado tan grandes en el trato particular como en lo público parecian: ó por mejor decir, apenas he visto que no hayan perdido con el trato familiar y de mucho tiempo mucha parte de la estimacion que se habian adquirido.

No entra en este número el P. Burdaloue. Jamas hubo quien ganase mas que él en ser conocido por lo que era. Las prendas de menos monta que tenia fueron las que le grangearon las públicas veneraciones y respetos.

Era naturalmente vivo, y amigo de la verdad: no podia sufrir los disimulos y artificios: gustaba de tratar con sus amigos, pero con un trato natural, sin afectacion ni violencia. Mas no obstante, ¿quántas veces le vimos hacerse fuerza, y vencer su genio para vivir familiarmente con personas de natural muy opuesto al suyo?

Con ser tanta la vivacidad de su genio, era tan señor

ñor de sí, que jamas se deslizaba en la menor impaciencia quando se trataba algun punto de importancia. Perdia muchas veces un tiempo tan precioso como el suyo, por no faltar á las atenciones de una pura amistad y de reconocimiento, que fundaba únicamente en tenerse por obligado á corresponder al aprecio que se hacia de su persona.

Aunque se grangeó la confianza de quantas personas hay en la Francia de la primera consideracion, no se puede decir que la deseó jamas. Igualmente se dedicaba á servir á quantos le enviaba la Providencia, sin buscar á los Grandes, ni despreciar á los pequeños, hablando á cada uno conforme á su estado y condicion, y aplicándose únicamente á hacer con perfeccion el ministerio de que se habia encargado.

Fué muy estimado de uno de los primeros Ministros desde sus primeros años, y se mantuvo en la misma estimacion toda la vida de este Ministro. ¿Y le sirvió para algun interes suyo? ¿Se valió de su crédito para mezclarse en las artes y secretos de la Corte, ó para la elevacion de sus parientes, que por nacimiento y méritos eran capaces de todas las gracias que les pudiera solicitar?

Otro Ministro deseó la amistad del P. Burdaloue: le trató, le amó, le confió sus sucesos prósperos y adversos; pero no disminuyó este trato en nada la estimacion y confianza del primero; y aunque eran muy diversos en los dos los intereses, entrambos le tenían igualmente por amigo fiel. Correspondia á su amistad con un afecto sincero, sin entrarse en sus negocios, ni aun querer encargarse de hacerlos amigos; porque juzgaba que no era aun tiempo oportuno para conseguirlo. Contentábase con decir á cada uno lo que sentia en lo que le comunicaban, y hacer sus oraciones al Cielo por estos dos grandes hombres, cuya union era tan importante para la Francia.

El mismo método observó con los demas que solia tratar; y aunque algunas de las Casas en que entraba tenían

nian algunas veces sus divisiones, no sabemos que con todo eso fuese ménos estimado ó respetado en ninguna.

No se movía por soberbia ni vanagloria para pretender que desenasen su amistad, ni para rehusar el ser el primero en entablar amistades nuevas: era solo por no embarazarse con cuidados ajenos de su profesion. Daba sus consejos á los que se los pedian: no tenia ansia de que los siguiesen, sino quando pertenecian á la conciencia: este era el punto único en que era inflexible; ó le habian de obedecer, ó dexarle. En todo lo demas se contentaba con decir su parecer, y apoyarle con razones sólidas: pero no quería encargarse de negociacion alguna por ajustarse á las máximas de la prudencia.

¿Con qué juicio sabía distinguir entre los consejos que podian mirar á la conciencia, y los que solamente podian hacer al caso para negocios del mundo? ¿Visteis jamas que todo lo hiciese punto de conciencia, como otros Directores de almas; que quisiese gobernarlo todo con pretexto de encaminar las almas á la perfeccion; hacerse árbitro entre el marido y la muger, entre el Padre y los hijos, entre el Señor y los criados, y erigir un tribunal supremo, para saber y disponer de todo, hasta las cosas mas ligeras que suelen hacerse en una casa?

Estaba tambien muy léjos el P. Burdalúe de ser de aquellos que sin exáminar nada lo condenan todo. Quería pensar mucho sobre lo que habia de decidir. Siempre présumia lo mejor, y nunca creia lo malo sino estando plenamente convencido. No espantaba con su presencia, ni con sus palabras; ántes los hacia entrar en sus obligaciones con su prudencia, y con la blandura con que se insinuaba en los corazones, siendo dificultoso el resistirse á ella.

Siendo severo é implacable contra el pecado, era afable y compasivo con el pecador. En lugar de afectar una severidad, con que la gente cobra miedo, y de que suelen preciarse algunos de su profesion, los ganaba á todos con un porte atento y afable. Era consigo austero y exácto en cumplir sus obligaciones; pero con los de-

mas blando, sin faltar á la severidad Evangélica, ni dar en la relaxacion mas ligera. Su porte ganó muchas mas almas para Dios, que el de otros muchos que imaginan que la devocion verdadera consiste tanto en lo exterior, como en lo interior.

¿Estaba siempre dando instrucciones, aunque viniesen á otro propósito los que conversaban con él? ¿Los reprehendia fuera de sazón? ¿Predicaba en todo lugar y tiempo? Antes tomaba el tiempo mas oportuno para decirle á cada uno lo que le convenia. Jamas dexaba pasar aquellas ocasiones favorables que le presentaba la Providencia. Tenia un talento admirable para no sufrir en una conversacion cosa contra las buenas costumbres, pero sin ofender á las personas con quienes hablaba. Sabia acomodarse con todos los genios, sin perder de lo que convenia á su persona, y sin que este porte fuese motivo para que se retirasen de su trato los que parece tenian el porte mas opuesto.

Su principal cuidado en los consejos que daba, era considerar bien, si lo que aconsejaba á uno por su bien podia redundar en daño de otros; y si con el pretexto de hacer una obra buena se ocultaba el deseo de satisfacer alguna oculta pasion de odio ó venganza. Consideraba como mal muy grave todo lo que alteraba la quietud de las familias; porque sobre el mal que se hace con solo eso, se siguen innumerables malas consecuencias.

Quería que cada uno buscase la santidad en su propia profesion, estando persuadido á que Dios nos da la gracia proporcionada á nuestro estado, y que es culpa nuestra el no aprovecharnos bien de ella. Miraba la caridad como fundamento de toda la virtud de un Cristiano: todo lo que se oponia á ella, ó la podia herir en la cosa mas ligera del mundo, le parecia delito.

No acabára, si quisiera decirnos en particular todas las acciones de este grande hombre: el amor que tenia á su estado, su zelo de la salvacion de las almas, y todo lo que hizo, sin mas fin que hacer bien. Tan entrañado le tenia, que con tanto cuidado miraba por el bien del

hombre mas vil, como por las Testas coronadas.

Acordaos de las muchas veces que le vimos ocupado con un criado, y con un hombre del campo, dexando la mejor y mas gustosa compañia por asistirlos. ¿Y cómo la dexaba? ¿Pregonando lo que iba á hacer? El solo sabia el bien que hacia, y nunca hubo persona que hiciese ménos ruidosas sus obras de virtud.

No tenemos que esperar recobrar lo que hemos perdido en un amigo tan señalado; pero despues de haber dado algun tiempo al dolor de su pérdida, digámonos lo que él nos dixera si pudieramos oirle. No son nuestras lágrimas las que han de honrar su memoria; imitemos sus virtudes, si queremos mostrar el respeto y veneracion que le tenemos. Cumplamos nuestras obligaciones como le vimos cumplir las suyas; juzguemos bien de nuestros próximos; edifiquémoslos con nuestro exemplo; no salgamos de las obligaciones del estado en que Dios nos ha puesto; conservemos la paz y union con nuestros próximos, y con nuestras familias; hagámonos amables á los que nos tratan; procuremos ganar su confianza con un proceder desinteresado; no nos dexemos arrastrar de nuestras inclinaciones naturales; hagamos mucha reflexion ántes de resolernos á obrar; pretendamos con mas actividad el bien de aquellos con quienes hemos de vivir, que el que podemos desear para nuestra convenienciá; demos á nuestro próximo lugar, ántes que á lo que puede ser de nuestro gusto; pero hagamos todo esto sin ostentacion ni deseo de singularizarnos. Así seguiremos las instrucciones de nuestro ilustre amigo: así haremos que reviva en nosotros, y aprovechándonos de los exemplos que nos dió, podremos esperar volver algun día á lograr su compañia en el Cielo.

Carta del P. Martino, Confesor del Señor Duque de Borgoña.

MUY Reverendo Padre. Por ésta sabrá V. Reverencia la pérdida que tuvo ayer á las cinco de la ma-

ña-

ñana esta Casa Profesa en la persona del P. Luis Burdalue, que nos arrebató en ménos de dos dias una calentura, junta con una violenta inflamacion del pecho: porque logró hasta el último Domingo, día de la fiesta del Espíritu Santo, la felicidad de decir Misa como acostumbraba.

Podemos decir que procedió de su zelo esta enfermedad breve y mortal. Había algun tiempo que padecía una destilacion muy molesta, y no obstante predicó diez dias ántes; y vivió con tan poco cuidado en mirar por sí despues, que ántes parece que aumentó su trabajo en la asistencia de los enfermos, y en el confesonario. Así tuvo el consuelo de morir, como deseaba, con las armas en la mano, y ántes que una edad mas adelantada le hiciese incapaz de combatir.

Bien puede V. R. hacer juicio de nuestro desconuelo, por lo que interesaba esta Casa en tener un hombre, en quien se hallaban con ventaja todas las prendas que pueden hacer útiles á la Iglesia las personas de su estado: un genio fácil y elevado, un entendimiento vivo y penetrante, un conocimiento exacto de todo lo que debía saber, una razon recta que le hacia ir siempre á la verdad, una aplicacion constante en cumplir todas sus obligaciones, y una virtud en que era sólido quanto se reconocia en ella.

Estas prendas se conocieron en el P. Burdalue desde sus primeros años, en las clases en que segun nuestros estilos estuvo; ya como estudiante de Teología, ya como Maestro de Gramática, Retórica, Filosofía, y Teología Moral. Mas habiendo llegado el tiempo destinado por la Providencia para ponerle sobre el candelero con los dos empleos mas importantes del Ministerio Evangélico, le dieron á conocer con tan gran lustre, que no habrá cosa que pueda borrarle, y durará perpetuamente su memoria.

No hay quien ignore á lo que llegó en el púlpito su eloquencia. Si recibió todos los talentos propios para acertar en este oficio, los cultivó con trabajo tan cons-

tan-